

una de las mas interesantes heroínas de la religion y del arrepentimiento, Mad. de Lavalier, la dama de Luis XIV, conquistada á la gracia por el gran Bossuet que la llevó hasta los altares, y al pie de ellos pasó treinta y seis años de su vida bajo el nombre de Sor Luisa de la Misericordia en las prácticas y en los rigores de las carmelitas. En todas las partes donde se han establecido conventos de la reforma de Teresa de Jesus, han sido la gloria del catolicismo. No se necesitaba mas para que, como otras órdenes consagradas á

la oracion y á la vida contemplativa, fuesen objeto del sarcasmo de los hereges y de los incrédulos. De ahí han prove-nido tantos ataques odiosos; y de mala fé en que se las acusa, entre otras cosas, de ser ociosas, inútiles y aun perjudiciales á la sociedad.

Nuestro siglo tan vano, tan preocupado de los intereses materiales y tan dispuesto siempre á concentrar toda su so-litud sobre las máquinas y el vapor que las hace mover, que quiere saber ante todo lo que debe producir de ganancia



Santa Teresa de Jesus.

cada cosa, nuestro siglo no deja de repetir neciamente esas mismas acusaciones. Incapaz de apreciar los triunfos que la religion obtiene sobre la perversion, no vé en esos retiros sagrados, abiertos á la virtud, á la inocencia y al arrepentimiento, sino monumentos absurdos del fanatismo y de la imbecilidad de nuestros abuelos. Así es como desvaria la sabiduría humana privada de la antorcha de la fé, y en tiempos tan criminales, tan desgraciados como el nuestro las piadosas oraciones de las hijas del Carmelo y las de las

otras religiosas ¿serán miradas como inútiles para desarmar al cielo irritado y para consolar á las almas buenas de tanta soledad y desolacion como las rodea? ¿No debemos congratularnos, al contrario, de que haya seres inocentes y puras vírgenes de cuerpo y de alma, ángeles terrestres que decididos á seguir á su divino modelo hasta en los mas ásperos senderos de la penitencia, no solamente oren día y noche por sus hermonos y se interpongan, por decirlo así, entre Dios y nosotros sino que tambien consientan en expiar sus

SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 8



faltas y los extravíos de la maldad? ¿Cómo no reconocer, amar, venerar todo cuanto hay de noble y de heroico en esa vida solitaria y mortificada de las carmelitas? Despues de la muerte de los santos mártires, nada hay mas interesante y maravilloso para nosotros que esa vida desprendida de todos los intereses mundanos, esa vida alimentada de privaciones voluntarias, esa existencia mortificada, abatida, en cierta manera *anonadada*, segun la hermosa espresion del abate Flechier. ¡Desgraciado, desgraciado el que está privado de comprender esto! Esos hombres ciegos marchan por un mal camino, y su alma no puede concebir todo cuanto hay de consolador y de hospitalario en los asilos del Carmelo. No sucede lo mismo á aquel cuyo corazon está abrasado por el sentimiento religioso; á sus ojos esos humildes monasterios que se levantan en medio de las pasiones desencadenadas del siglo, se parecen á islas tranquilas y cubiertas de hermoso verdor, que en el seno de los mares presentan al pobre náufrago un refugio seguro contra las olas agitadas por la tempestad.

EL CONDE DE FABRAQUER.

HISTORIA DE UNA FLOR.

Una tarde del mes de mayo, cuando el sol tocando á su ocaso enviaba aun sus dorados rayos sobre los fértiles valles que forman las montañas de Leon, hallábame yo sentado al pie de un árbol, y recostado en su viejo tronco descansaba gustoso de las fatigas que á un día de caza sobrevienen.

No habia cesado un momento de seguir con afan cuanto se me presentaba, y ya subiendo á los montes donde fugitiva se ocultaba la ligera cierva, ó ya tambien descendiendo á los valles, entre cuya yerba desaparecia á una vigilante vista la tímida liebre, pasaron las mejores horas sin que nada viniera á consolarme de mis largas y constantes carreras.

Pensando en lo que se burlarian mis amigos al verme llegar sin nada de lo que en vano buscara en todo el día, oigo sobre mi cabeza un ruido que viene á sacarme por un momento de mis reflexiones.

Alzo los ojos y veo, por desgracia, que en vez de alguna ave mayor que yo creia hubiese posado sobre las ramas del árbol en que me recostaba, eran multitud de pajarillos que abandonando los llanos venian á pasar tranquilos la noche al resguardo de las encinas de la montaña. Volví otra vez á entregarme á mis pensamientos y otra vez los pajarillos vinieron á distraerme con sus claros gorgeos y su continuo saltar de rama en rama.

Bien conocia yo que hasta que el sol no acabara de ocultarse no dejarían su melodioso canto, y dispuesto estaba á hacer fuego sobre aquellos inocentes seres para calmar en su dolor el mal humor de que estaba poseido y quedar tranquilo para emprender el camino hácia la aldea, sino hubiera visto que de repente cesa su clamoreo y miran todos al sitio por donde acababa de aparecer un viejo gorrion á quien saludaron con carinosas demostraciones, cediéndole el mejor puesto y colocándose en su derredor todos los demás con in-

decibles muestras de alegría. Vi tambien que despues de un pequeño silencio hablaba á sus compañeros y que de entre estos contestábale alguno con armoniosos trinos que repetian en coro todos los demás.

Entonces dejando el arma mortífera de mis manos y conociendo que seria curioso el diálogo entre estos animales, presté toda mi atencion á sus palabras y acomodeme en silencio para no dar lugar á que viéndome huyeran de mi presencia. Eran todos ellos pájaros nuevos que buscaban en la esperiencia del gorrion sabios consejos é historias agradables, á los que él complacia de buen grado, y esta era, sin duda la hora en que acostumbraban á reunirse con tal objeto; así es que despues de anunciarles lo que iba á referir, estrecháronse en silencio las inocentes aves y empezó á contarles de este modo la historia de una flor.

Habia en un pequeño valle una hermosa flor que por la esbeltez de su tallo, los rosados colores de sus hojas y el fresco aroma que despedia, parecia que la Providencia habia puesto gran cuidado en su formación para contemplar gustosa tan bella obra. Rodeábanla infinidad de variadas florecillas que si no tan bellas parecian otros tantos aderezos que habian de servirla para engalanarse, de en medio de las cuales ostentaba orgullosa su cabeza. Bañaba su verde pié un manso y cristalino arroyuelo que amado de la flor, á quien sustentaba y respetado de las avecillas á quienes gustoso apagaba su sed, adornaba aquel hermoso cuadro guardando en su claro fondo la imágen de la flor por quien vivia.

Los pájaros que habitaban aquellos sitios parábanse al pie de sus compañeros no atreviéndose ninguno á posar tranquilo delante de ella. Corrian entre ellos y los demás animaluchos é insectos que alli habia mil historias y cosas raras que habian sucedido á los que se atrevieron á acercarse á la flor. Quien contaba que al aproximarse murmuraba el arroyo con mas fuerza que tenia de costumbre; quien decia, que queriendo un pájaro ver sus encantos, mantuvo por un momento el vuelo cerca de ella y cayó atraído sin duda por el arroyo que le precipitó en su seno. Y eran tantas las cosas raras que se contaban, que unidas á su belleza hacian que todos la admirasen y respetaran.

Fuera del canto lejano de los zagales que cuidaban sus ovejas en la montaña y del ruido que causara el viento al penetrar por entre las ramas de las flores, solo se oia el suave murmullo del arroyo sin que cosa alguna viniera á turbar aquella apacible calma.

Era dichosa la hermosa flor, y nada mas podia apetecer su puro corazon. Cuanto mas avanzaba la primavera, mas contenta se hallaba en medio de este silencio, hasta que por fin un extraño suceso vino á enseñarla que cuando mas cerca de nosotros vemos lucir la clara luz de nuestra felicidad, oscura nube viene á separarnos de lo que ya nos creíamos tan próximos á tocar.

Logró verla un grillo, el mas ruin de cuantos crió naturaleza, y desde su pequeño cubil, imprudente canta y la envia palabras de amor en medio de sus ásperos y monótonos chillidos. Afanoso se muestra por lograr posar sus duras patas sobre las hermosas hojas de la inocente flor, y cuando la noche se acerca, envidioso de que solo al arroyo le fuera permitido velar aquellos sitios, grita con fuerza privándole el gozar de su amoroso sueño. Sabia el infeliz que la flor por quien suspiraba no podia amarle; que hacia mucho

tiempo que adoraba al cristalino arroyuelo que la alimentó desde muy niña; al ser que atravesando llanos y precipitándose por ásperas cascadas, llegó contento á su pie en donde descansa formando un pequeño estanque del cual se desprende puro rocío que viene á refrescar su seno. No ignoraba todo esto, y sin embargo, ciego de amor el mísero insecto, no cesa un momento su repugnante canto, y poco á poco va convirtiéndose en gritos de rabia que hacen temblar á las demás florecillas, movidos sin duda por el desprecio que tan justamente recibía.

Muchos días pasaron así temiendo todos que alguna cosa extraña augurase este inesperado suceso. Mas al cabo de algun tiempo parecía que el grillo despues de tan inusitados esfuerzos habia desistido de su obstinado intento y volvió á reinar en el valle el silencio que tanto deseaban, trocándose al instante en alegría cuantos temores habian sóspechado.

Ya la hermosa flor gozaba contenta de su bienestar, bebía en su adorado arroyo el nectar que animaba su existencia, nada temía, pues si el sol la abandonaba y la noche tendía su negro manto sobre aquellas alegres campinas, no estaba sola; á su pie velaba gustoso el manso arroyuelo arrullando sus bellas ilusiones. Mientras esto sucedía podía observarse que á manera de creciente ola que traspasa sus límites ordinarios y forma paulatinamente estrecho cauce en terreno seco, así iban muriendo una por una, flores que cayendo al suelo, formaban poco á poco delgada línea desde el lugar en que se oía al grillo, hacía el sitio en donde se hallaba la flor. Entretenida ella, no trató de indagar la causa de tan raro suceso. No conocía cuan grande es la fuerza de los celos. ¡Inocente! quizá no cabía en su puro pecho la idea de la envidia que bullía en el corazón del desdenado grillo.

Embriagada con el amor que abrasaba sus entrañas no pensaba mas que en engalanar su colorado manto con las menudas gotas que saltaban juguetonas del arroyo. No veía que cada día era mayor el número de florecillas que morían, y que avanzaba mas y mas la mano oculta que hacia doblar sus delicados cuellos.

Si hubiera oído á su amante, acaso hubiese visto lo que la amenazaba, pero por mas que él, viendo nublarse el cielo de sus ensueños la miraba pensativo sin comprender lo que pasaba cerca de ella, y triste la decía cuantos temores sospechaba, la flor para consolarle repetía con candorosa voz:

«No temas, nuestros corazones se aman; somos felices el uno al lado del otro, ningún mal hacemos á los florecillas á quienes tambien das vida, y las aves que nos rodean te respetan y te necesitan.»

La pobre, no creía de los demás otra cosa que lo que su alma pensaba. Por su parte el arroyo viéndola tan contenta abandonó sus tristes pensamientos para entregarse de nuevo al puro amor que alegre le ofrecía.

Mientras tanto iba el cauteloso grillo minando el camino que le separa de la flor y cuando halagada con sus esperanzas contemplaba risueña las juguetonas ondas del arroyo, el negro insecto acababa de sacar la cabeza. Lleno de rabia, hace el último esfuerzo y logra levantar la tierra que aun cubría su pequeño cuerpo y furioso miró á todas partes por ver si se encuentra solo para llevar á cabo su venganza.

El sol llegando á su término enviaba por última vez sus dorados rayos á la pobre flor que recibía en su frente el postrer beso del astro bienhechor que animaba su existencia.

La hora favorecía y alentaba al rencoroso grillo. No oía ni veía; porque la sangre hervía en sus venas atizada por el fuego de la envidia.

Si oyera, quizá hubieran penetrado en su corazón los lastimeros trinos de las inocentes aves que observaban sus intenciones, y si sus ojos llenos de fuego no vieran en la flor el único medio de calmar sus iras, aun hubieran podido su candidez y hermosura servir de fuente que apagara la rencorosa llama que le devoraba.

Pero ¡ay! lleno de rabia se abalanza presuroso sobre su débil tallo y allí, clavando furioso sus ásperas patas y mordiendo su tierna corteza se complace en verla declinar pausadamente. Hierde su corazón con furia bárbara, y en su ciega venganza, aunque sin lograr separar por completo la cabeza de la pobre flor, la hace doblar su frente y cae sobre el arroyo impelida por el grillo que abrazado la sigue en su caída.

Logró el mísero vencer á la que desoyó su canto. El crimen que cometió no solo alcanzó al ser mas bello que adornaba aquellos valles. Para lograr su intento hubo de segar la vida de mil florecillas; pero ciego en su locura no veía que á sus pies estaba su adorado dueño é imprudente cayó sobre su rival que desplegando sus brazos le arrastra inclemente en su carrera y sumiéndole unas veces en el fondo de las aguas y otras permitiéndole subir á la superficie para que volviéndole á precipitar con fuerza entre sus ondas fuera mayor el castigo que merecía, murió maldiciendo su desgraciada suerte, mientras que la pobre flor moría dichosa en brazos de aquel que si en vida no la abandonó un momento, tampoco despues de su muerte se separaba de ella y daba gracias al cielo por haberle permitido recoger su último suspiro cuando vacilante al doblar su cuello vertió pura lágrima que vino á perfumar sus aguas.

Aldía siguiente, el suave murmullo de sus olas que alegraba la campiña convirtiéndose en lúgubre canto que anunciaba la suerte de su amada, y cuando el sol saludó por primera vez aquellos lugares despues de este suceso, las flores y las aves hacían sonar en los mas oscuros ámbitos del alegre valle los lamentos producidos por la mala suerte que cupo á la pobre flor.

Así que el gorrion concluyó la historia, emprendí el camino que me separaba de la aldea. La noche se acercaba por momentos, y aunque desde muy temprano habia salido á recorrer los montes, no me pesaba ya, porque estaba seguro de que agradaría mucho á mis compañeros la escena de los pájaros.

Cuando iba por el camino mil ideas se me ocurrieron de la historia de la flor. Su extraño fin vino á recordarme que tambien en el bello jardín de la vida he visto yo muchas inocentes flores, que cuando mas felices eran y cuando mas confiadas gozaban de su dicha, han sido víctimas de la envidia, gusano vil que mina los cimientos de la sociedad, se apodera de los corazones pobres y arrastra en su ceguera cuanto se opone á sus designios, no sin justo castigo, es verdad, porque el crimen jamás holló el seno de la inocencia sin que como el grillo lleve su merecido.

I. R. L.

LA MUGER EN TODOS LOS PUEBLOS.

(Continuacion.)

V.

Cuando, siguiendo el rumbo que trazó el inmortal Colon, fueron los españoles á la América, hallaron una de esas civilizaciones primordiales que aseguran la subsistencia del hombre por medio de instrumentos que facilitan el trabajo. En tal estado no se ocupa exclusivamente de la conservacion de su vida material, y cultiva su inteligencia. Mas codiciada, de consiguiente, la muger, es menos duro su trato.

Se vendian tambien las hijas en el imperio mejicano, pero recibian una dote, propiedad suya, divorciada ó repudiada. En ambos casos no podia unirse otra vez á su esposo sin incurrir en la pena de muerte.

En el Perú eran los Incas los que casaban á la muger. Reunian al efecto cada año á los jóvenes núbiles de ambos sexos, y enlazaban á los parientes mas cercanos, sin consultar su inclinacion. Estos matrimonios forzados eran, sin embargo, los únicos legítimos, confiscado como habia en este punto el despotismo la autoridad paterna. Tambien castigaba la ley con la muerte las segundas nupcias y el adulterio. Y todavia estas costumbres, desterradas por la conquista, se conservan con no poca variedad en gran parte del Asia.

Los galantes habitantes del Orotchy no sujetan á sus mugeres á faenas penosas, y las tienen en la mayor estima, consultándolas en los negocios áridos, y regalándolas cuantas alhajas pueden adquirir.

Los mongoles, aunque las venden, las permiten una libertad amplia, y los kalmucos distinguen extraordinariamente á sus compañeras, aunque las reciban en venta, dispensándolas solícitos cuidados durante su embarazo. Trabajan, es verdad, pero en union de su marido, y las protegen las leyes, que castigan severamente los malos tratamientos del esposo.

Vecinos los pueblos del Tibet y otros, existe en ellos la poliandria, reverso de la poligamia, si bien venden los padres á las jóvenes, cuando á ello les obliga la miseria. En Cachemira no tiene aprecio la castidad, y en el Afghanistan es la muger la que elige, teniendo el hombre, no solo que aceptar, sino entregar al padre de su esposa una cantidad no despreciable, segun sus medios.

Las chinas, lejos de disfrutar de la licenciosa libertad de sus vecinas, están separadas desde su infancia de la sociedad de los hombres, y ni aun sus hermanos las ven despues que tienen nueve años. Prometidas, por lo general, antes de nacer, porque tienen por deshonra no estarlo á la edad de diez años, vendidas por dos ó tres mil reales, á poder van de un marido que no han visto, ó de su padre, si es impúbbero. Conducida la esposa en una litera cerrada, queda desde luego sometida á estrecha y eterna reclusion, sin poder salir del harem mas que en una silla de manos, ó carruaje cerrado, si es rica, para visitar varias veces á una amiga ó pariente. Sus pies, contrahechos por la tortura que sufren desde su nacimiento, la imposibilitan de andar, y no contribuye poco esta circunstancia á prevenir el crimen

moral que comete una muger que se presenta en público, crimen mirado allí con no menor severidad que el adulterio, y castigado á veces por la venta pública de la desgraciada delincuente, ó por su muerte, á presencia de toda la familia, convocada al efecto. La vida triste y monótona de una china se pasa entre la pipa, la música, labores de aguja, y los juegos de cartas y dominó. Obediente á su marido hasta el servilismo, lo mismo que los hijos á su padre, y al emperador los súbditos, ni come á su mesa, ni se atreve á sentarse en su presencia. Pero esta opresion pesa de rechazo sobre las mugeres ilegítimas, tratadas cruelmente por la esposa, á la cual pertenecen los hijos de aquellas.

Los chinos que carecen de medios para comprarse la muger, la toman de una casa de espósitos, ó prestando, como los filipinos, servicio personal á su padre. No será reclusa como la del rico, y será única, pero será esclava; y no podrá soportar sus penalidades sin la perspectiva de una herencia paterna ó marital, de que está escluida por las leyes.

En la isla Formosa da una gran consideracion á la muger, tambien vendida, la proteccion de sus padres y hermanos, con quienes siempre vive, y su marido.

No es mejor la suerte de nuestra compañera en el Japon que la que sufre en el Celeste Imperio, pues que á todas las penalidades que son aquí patrimonio inseparable de la muger pobre, á la servidumbre, que es condicion precisa de la clase acomodada, se agrega la tiránica costumbre, contra la que la naturaleza se subleva, de no ver las madres á sus hijos desde que son adultos.

En otros pueblos se hace prenda de la muger al acreedor de su marido, se trasmite libremente su dominio por testamento, y en casi todos se la considera como un ser impuro, hasta que da al mundo una criatura, destinada solamente á este fin y al trabajo.

Gracias á los ingleses, se han desterrado entre los indios bárbaras costumbres, introducidas para ahorrarse la molestia de pensar un dia en la colocacion de las hijas; pero á pesar de todos sus esfuerzos, no han podido conseguir quebrantar la preocupacion de que el saber leer y escribir es peligroso á la muger.

Menos desventurada en el Indostan, sin embargo de haberse rebajado la monogamia (matrimonio de un solo hombre y muger), prescrita por sus dioses, es tan severa la legislacion en punto á su castidad, que se equipara al adulterio la mas mínima relacion con un extranjero. Penada con la muerte la infidelidad de una esposa, es muy de notar cuán distintamente se considera si el adúltero es de casta superior. Tenido á honra si da por resultado un hijo, y celebrado si era infecunda la muger, esplicase tamaña diferencia por la necesidad religiosa á todos los sectarios de Brahma, de tener un hijo, necesidad que procuran satisfacer y á que no es indiferente por su propio bienestar su compañera, despreciada de todos si es estéril, privada de sus cabellos y adornos, sin el honor siquiera de arrojarse á la hoguera para mezclar sus cenizas con las de su esposo.

Habituados á la uniformidad de nuestras costumbres europeas, difícil se nos hace creer que el vasto continente del Asia encierre tantas y tan diversas costumbres, hijas todas de la triste inclinacion del hombre al abuso de su fuerza, inclinacion que veremos desvirtuada con el progreso de las luces, á cuyo irresistible influjo han huido avergonzadas,

para bien de la humanidad, las tristes ideas que nan alimentado los pueblos primitivos, y que conservan los incultos, acerca del sexo destinado por la Providencia á hacer la felicidad del otro.

VI.

Pero aun nos resta recorrer otros pueblos del Asia, y á medida que vamos penetrando en este país, examinando sus costumbres y sus leyes con relacion á la muger, es mas interesante la variedad que ofrecen en este punto.

Los naibs, ó nobles del Malabar, permiten á sus mugeres una libertad inconveniente, y los parsis, adoradores del sol, tienen al matrimonio en la mayor estima, celebrando la ceremonia con expansion verdadera. En opinion de estos idólatras, el celibato es vergonzoso en este mundo, y un crimen para el otro, donde se castigará, si es voluntario. Y raya tan alto la consideracion que tiene ese pueblo á la muger, que reputando por una desgracia el morir sin un hijo, no se toma otra esposa sin el beneplácito de la que no ha dado sucesion. Y son tan severas allí las leyes en este punto, que imponen la última pena á las jóvenes prometidas que faltan á su deber, y á su seductor, igualmente que al hombre que abandona á la que hace madre y al fruto de sus relaciones, raras por este medio.

Los birmanes no pueden tener legalmente sino una muger, de que no les es fácil divorciarse por los cuantiosos gastos que requiere. Aunque no está al nivel de su marido, las leyes la protegen; si la maltrata, le reprende y aperece el juez; si reincide, tiene el derecho la ofendida de separarse, llevándose el mobiliario y sus hijas. ¿Falta la muger? No es el marido quien castiga el adulterio; es el tribunal, reduciéndola á sierva, privándola de sus cabellos.

No es tan lisongera en Siam la condicion de la esposa legítima, y nada diremos de la opinion que se tiene en Cambodgia respecto de la principal circunstancia que debe adornar á una esposa.

En Cochinchina, lo mismo que en Tonquin, no se conocen los celos, porque no se hace aprecio de la compañera carinosa del hombre, porque reina en ambos países la poligamia, porque la impone el sexo fuerte los trabajos mas rudos.

En Ceilan existe la poliandria; los hijos son allí comunes como las tierras, y se tienen las ideas mas absurdas acerca de la castidad.

La isla de Sumatra cuenta en medio de sus tribus salvajes, los redjangs, pueblo interesante que profesa la religion de Mahoma, y presenta en sus leyes acerca del matrimonio los rasgos de una civilizacion adelantadísima. Perfecta igualdad de derechos en ambos cónyuges, comunidad de bienes gananciales, responsabilidad solidaria de deudas contraídas de mútuo consentimiento, libertad en la eleccion, proteccion para la muger por la existencia del magistrado, obligacion de tomarla por esposa al que la haya deshonrado, severidad para el adulterio y el rapto, manumision de las esclavas que cuenten algun hijo de su señor: he aquí el bello cuadro de cultura y de progreso que ofrece este pueblo tan ignorado como antiguo, que nos consuela en parte de los deplorables extravíos de otros tantos de la misma region.

Dueñas las mugeres en la isla de Java del producto de su trabajo, ennoblece sus costumbres, y son consideradas, á

pesar de la poligamia. Brilla en Borneo, como en todas partes el amor de madre, que se arroja á la hoguera con los restos de su marido porque adquieran así sus hijos los bienes del padre.

VII.

Vemos, pues, que cualquiera que sea la constitucion política, la relacion y las costumbres de los pueblos del Asia Oriental y Meridional, por regla general la muger es en ellos despreciada, envilecida, tratada como esclava, gimiendo, con raras escepciones, en penosa servidumbre. Al lado, sin embargo, de esta opresion general de la muger, pueblos habia gobernados esclusivamente por ella.

Puede explicarse su dominacion por razones políticas ó supersticiosas; pero ¿cuál admite la legislacion singular de las islas Marianas, que consagraba la supremacia absoluta del sexo débil? Con intervencion en los negocios públicos lo mismo que en los domésticos, la infidelidad del marido, sus violencias, eran castigadas por los parientes de la muger, ó por sus compañeras que hacian causa comun con la ofendida. Los hijos seguian á su madre, dado el divorcio, y les heredaba y á su padre, no siendo recíproco este último derecho.

Embrutecidas á impulso de las mas groseras supersticiones, á punto estaban el Asia y el Africa de volver á sumergirse en la barbarie de las edades primitivas, cuando vino al mundo Mahoma. Encarnada en él la mas alta y última expresion de la civilizacion de Oriente, no podia olvidar su legislador á la muger, y no la olvidó.

Marchitábase temprana la belleza de las orientales, y no aparecia su razon sino cuando su hermosura desaparecia. El clima hacia violentas las pasiones, necesaria la poligamia; un círculo de miserias morales rodeaban al famoso reformador, y comprendiendo que para dominar la opinion era preciso aceptar sus preocupaciones, y aun sus vicios, limitóse prudente á moderar los feroces instintos de sus compatriotas, endulzando la esclavitud de la muger, y reduciendo á cuatro su número ilimitado.

«Haceos querer de vuestras mugeres á fuerza de beneficios (dice á sus compatriotas en el Coran), tratándolas con humanidad; nada retengais de su dote cuando las alejeis con justicia.»

Las hijas no heredaban á su padre, y las concedió este derecho en la mitad de la porcion de los varones.

Las mugeres libres eran objeto de atroces venganzas, y las previno, haciéndola extensiva las acciones del marido para su persecucion.

Las esclavas eran sobremanera infelices, y prohibió su abuso y la venta de las madres.

El que se dice enviado de Dios, habla siempre de la muger con amor y respeto, la dá un lugar en su Paraíso; y al prescribirla oculte su rostro á los estraños, la guarda de su propia debilidad, de sus ardientes pasiones y de las de sus compatriotas.

Al faltar Mahoma, éste hábil reformador que mejoró la condicion de las mugeres en Oriente, volvieron sus sectarios á considerarla como un ser inferior al hombre. La poligamia y la esclavitud volvieron á poblar los harems, y no logró el falso profeta crear la verdadera familia. Y pasajero como fué el bien del que adora la Meka, de notar es que fué el

cristianismo su causa. De él tomó Mahoma el espíritu de su ley.

En vano han pasado los siglos para esos pueblos; los mahometanos hablan á un extranjero de su muger, pidiéndole por ello perdon como si se tratase de un animal inundo; niéganla el alma, se creerian deshonorados si se sentase ó comiese á su presencia, y se avergonzarian de manifestarle amor, si le tuviesen. Materialistas de todo punto con ella, no miran sus dotes físicos, ni conciben las del espíritu, que tienen en completo abandono.

La vida del harem es verdaderamente insoportable. Sin ocupacion en que ejercitar su actividad una imaginacion indomable y tan fogosa como el clima, la discordia entre las que le pueblan ejerce su constante imperio; y apenas puede reprimirla el látigo, siempre alzado sin piedad sobre estas desgraciadas. ¡Qué extraños los crímenes sangrientos, los dramas lúgubres que tienen asiento en esos lugares de desesperacion! Los mas fieros guardianes, el terror, los suplicios, son débiles barreras contra irritadas pasiones: el oro corrompe á esclavos, suplen á la escritura las flores, y se hace necesaria la falsía y la astucia en la que debía ser dulce y cariñosa compañera, y es casi siempre enemiga natural de su tirano.

VIII.

La Nubia, situada á lo largo del mar Rojo, frente á la Arabia, y el Sennar ofrece, por el contrario, la mas esquisita susceptibilidad en materia de celos por sus mugeres, casi siempre reclusas, y siempre veladas.

Los polígamos de la Abisinia echan sobre sus mugeres todos los quehaceres, como indignos de guerreros, pero las dejan en gran libertad, y pueden divorciarse fácilmente, recobrando en este caso su dote, y llevándose la mitad de sus hijos.

Los mahometanos del Darfur y del Kordofan son en punto á celos el completo reverso de los abisinios; en el Tigré la muger manda en la casa, y en Amhara es esclava de su marido, al que como en Bornou, no se acerca sino de rodillas y la faz cubierta.

Los mandingos de Guinea y Senegambia, con objeto de tener á la muger en la sumision mas servil y temerosa, han instituido un tribunal muy análogo al de la Inquisicion, y que, sin anunciarse persigue de muerte á las mugeres.

Los moros del Norte africano son no menos feroces que los berberiscos del Atlas con el ser que mas miramientos exige. Compra el árabe del desierto su compañera, y si bien se contenta con una, la despide cuando le place, dueña la repudiada de contraer otro enlace á los cuarenta dias. Así se explica la frecuencia con que se ven mugeres jóvenes que cuentan una docena de maridos. En todos estos paises la muger vive prisionera en su hogar, sujeta siempre al capricho de su despota. Antes lo ha estado al de su familia. La repudiacion es, casada, su constante perspectiva.

Pero ninguno entre todos los pueblos es tan celoso como el persa, que fija su tienda en el sitio en que ha enterrado su muger, para que ni puedan verla los estranos ojos.

Devorado de igual pasion, creeriase ofendido el druso si se le preguntase por su muger. Y en un pueblo de la Siria, cuando enferma, envía el marido á su padre, diciéndole:

—Curadla, pues, que la he comprado para que me sirva, no para que me arruine.

Las ceremonias que preceden al matrimonio varian infinito entre los pueblos que siguen la ley del Profeta. En unos se toma la muger figurando un ataque, en otros busca ésta á caballo al que ha de ser su marido, y en casi todos reconoce arrodillada delante de él su supremacia.

En ninguna nacion del islamismo hay igualdad de sexos; donde no está oprimida la muger, es opresora, como lo son las hijas del Gran Mogol, del rey de Persia y de los sultanes, que se desquitan con sus esposos del trato que reciben las demás.

Los armenios, que miran como una calamidad el nacimiento de una hija, consideran el matrimonio como el acto mas solemne de la vida, y no es entre ellos rara la fidelidad conyugal.

Menos dura la suerte de la circasiana, la hija de la Georgia, de belleza renombrada, es objeto de venta; y las del pais Lesghio y Kubascho, no menos celebradas por su hermosura, son por su intrepidez y bravura dignas émulas de las amazonas, debiendo á su carácter el respeto que se las tiene.

Los tártaros nogais no permiten que les hable su muger hasta que tenga un hijo; y los moldavos y válacos no la ven antes, ni comen con ella ni el dia de la boda. Verdadera criada, todavía es peor el estado de su compañera en Iliria, Dalmacia, Morlaquia y Albania.

IX.

Hemos trazado el cuadro de la muger, ó de su situacion en las edades primitivas. Como hemos visto, lejos de aflojar éstas las cadenas de la preciosa mitad del género humano, las han ido remachando mas y mas.

En medio de la diversidad de costumbres de tan distintos pueblos, hemos visto el mismo egoismo del hombre, el mismo abuso de su fuerza. Objeto de lujo para los ricos, los pobres no han visto en ella sino los servicios que podria prestarles.

El amor, este noble sentimiento que inclina al hombre hacia la muger, no hay que buscarle en las civilizaciones primordiales, entre los gentiles é idólatras. En naciones que acaban de domar apenas la naturaleza, que desconocen la sublime doctrina del Evangelio, todo es físico, todo material. Solo la ilustracion, fundada en la palabra del Hijo de María, que santificó á la muger, despues de proclamar su igualdad natural y divina, ha podido ir desterrando, como veremos, los obstáculos que la opinion y las leyes oponian hace diez y nueve siglos á la felicidad de la que Dios creó para la felicidad del hombre.

Pero si nos hemos ocupado de la condicion de la muger en las sociedades primitivas, nos resta aun tratar de la que tuvo en la antigüedad, cuya época nada tiene que ver con aquel estado social.

Varía, muy varia ha sido la suerte de la muger en otros tiempos. Por regla general, ha sido mejor cuanto mas ilustrado el pais, y mas virtuoso.

Mucho podiamos estendernos, pero ligeras indicaciones bastarán á la curiosidad y á la historia.

Entre los asirios disfrutaban antes las mugeres de una prudente libertad, y las de los tracios y los getas tenian á gloria seguir á sus maridos en la tumba, disputándose un

honor reservado por el juez á la mas virtuosa y querida. Transmitida en otro caso á los herederos, como los bienes de un cónyuge, esplicase un deseo tan opuesto á la naturaleza.

Entre los medos habia de tener á lo menos cada muger cinco maridos: los caramanienos no podian obtener licencia del rey para casarse sin presentarle la cabeza de un enemigo, y los sármatas, exigian de sus hijos igual prueba de valor; de modo que los cobardes no podian aspirar en uno ni en otro pais al matrimonio.

Pero éstos, podria decirsenos, no eran los pueblos patriarcales: sus virtudes no se detendrian ante la madre de familia. No se detenian enteramente, pero no eran muy avanzadas sus ideas en este punto; pecaban de groseras y materiales, efecto del atraso de su civilizacion. Pero ésta se desarrolla, y cambia la escena. En Capadocia y en Licia es la muger quien transmite la herencia; goza de una alta consideracion en Egipto, y llega á votar en Grecia en los asuntos públicos. Llena de atenciones, todavía era dura la legislacion y Solón la dulcificó, enalteciendo la fidelidad conyugal á espensas de su quebrantamiento que infama en público.

En medio de todo, su educacion moral é intelectual estuvo mucho tiempo descuidada, resintiéndose de esta falta. Pero llegó una época en que, de suyo, se esforzó tanto por cultivar su espíritu, que fué la admiracion de propios y extraños. A su génio debió aquella nacion su siglo de oro, porque sus amantes no eran atendidos sino eran sabios. Las Saffos, las Aspasias y otras muchas bien conocidas, y que vivirán eternamente en la historia, prueban la feliz influencia de la muger en el bienestar de los pueblos, su importancia inmensa, y la necesidad de su instruccion, no para la cátedra, sino para la familia; no para la ciencia, sino para la educacion de sus hijos.

Y tan cierto es que la direccion de las niñas no debe tener otros fines, que la misma historia se encarga de la demostracion de esta verdad. En Esparta, nacion esencialmente guerrera, las mugeres recibian una educacion varonil que no tardó, contraria á la naturaleza, en producir su fruto.

Los romanos recibieron su primera cultura de los etruscos, sin adoptar sus poco recomendables costumbres, en punto al matrimonio. Desde luego, este pueblo llamado á tan altos destinos, constituye la familia bajo los principios de autoridad y moralidad que debian servir de base al carácter de los vencedores de los demás pueblos. Como los griegos, admitieron únicamente la union de un hombre y de una muger y, mas confiados en la virtud de sus esposas, jamás tuvieron el pensamiento de cercenar su libertad, presentándolas y presentándose á cuanto nuestras españolas se presentan. No estaban los dos sexos bajo un pie de perfecta igualdad, no; pero con el tiempo fué debilitándose el imperio del marido, y se otorgaron mayores derechos á su compañera. El vínculo conyugal era, por fin, indisoluble.

No citaremos, porque seríamos interminables, algunos de tantos nombres, honor de su sexo y gloria del gran pueblo, ejemplo siempre del influjo de la muger hasta en los destinos de las naciones, como engrandecieron á la ciudad señora del universo. Olvidó aquella gloria, decayó el pueblo romano, hicieron plaza á la corrupcion sus virtudes, y no fueron ya las de otros tiempos las matronas.

Entonces, una revolucion sin ejemplo en los anales de la humanidad, vino á regenerarle. Sumido en el fango, fué necesario que un Dios le sacase de aquel estado, y á la muger

de la degradacion en que se hallaba, que colocase á ésta en el lugar á que la destinó la naturaleza, y á cuya altura no la habian elevado los patriarcas, por no haberse formado una idea exacta de la dignidad moral de la compañera del hombre.

Y mas completa que en el degradado Oriente fué en Europa la victoria de los principios del cristianismo, su influencia feliz en la suerte de la muger. Un pueblo enérgico, la Germania, tenia ya un gran respeto por ella, y acogió entusiasta la doctrina sublime de Jesucristo. Creyendo que hay algo de divino en este sexo, honróle hasta con el sacerdocio, y con el juicio de sus querellas nacionales. Y tan grande llegó á ser el temor al desprecio público en esa nacion virtuosa, que nada mas eficaz para contener á la esposa en su deber, que nadie velaba como ella misma sobre su honor.

Las demás poblaciones del Norte siguieron el ejemplo de los germanos, y al hacerse dueños del resto de la Europa, á ella llevaron el respeto á un sexo antes despreciado, su emancipacion. Esta obra grande de justicia, hija fué de la religion cristiana en Occidente, de haber patentizado el Salvador la igualdad de ambos sexos, de haber realizado al débil colocándole al nivel del fuerte.

Data de aquí la condicion actual de la muger en los paises en que ha penetrado la luz del Evangelio.

La civilizacion, arrancando de esta base, ha podido mejorarla de modo que, si nuestras madres y nuestras hijas no fuesen cristianas por creencia, debieran serlo por gratitud al Crucificado; porque ni las instituciones ni las costumbres, nada han podido como la moral del Hijo de María, para la consideracion que se merece el bello sexo.

Mucho se han ensalzado los tiempos y las costumbres caballerescas de la edad media; ya veremos sino han sido mas brillantes que reales, si les ha debido tanto como se supone la muger.

A. P.

COSTUMBRES HOLANDESAS.

HINDELOPEN.

Se halla situado Hindelopen en la provincia de Frisia, entre el Zuy-Derzè, Wortiuns y Staboren. Por el número de sus habitantes, 1,100, no seria en España mas que una aldea; pero por sus títulos y franquicias, que datan del siglo XIII, debe con justo motivo y derecho nombrarse ciudad, lo mismo que Amsterdam ó el Haya.

El viagero que pasa en un bagel por delante de este modesto pueblo, donde se abriga los barcos de pescadores de arenques, no tiene otra cosa que notar sobre la orilla, sino los trages antiguos de algunas mugeres ó muchachas, fieles á las antiguas modas. Estas últimas llevan el zondoeck, pañuelo de cuadros, fuertemente estampado con colores vivos, sobre un capillo á cuadros, rodeado de una larga cinta listada; la chaqueta de encima, el cuello y los puños, bordados de terciopelo, son de algodón listado, dejando ver las mangas con damasco azul; el corpiño es de pano negro, atado por la cintura con un cordón de seda, llevando una

aguja de oro cincelado fijada en el costado del mismo cinturón. La falda es de terciopelo carmesí y plegada, el delantal de cuadros de colores, las babuchas de terciopelo negro.

Tal es el traje que llevan ordinariamente; cuando hay una fiesta, se echan encima una especie de manto con grandes ramos. Las mugeres casadas llevan sobre el zondoek un

lienzo fino y blanco, con puntilla; encima de él un cuadrado bordado de oro, y un paño encarnado bordado también, cubierto de una muselina blanca, sobre la que brilla el cuadrado bordado con oro.

En la Zelanda todavía se ejercitan en los juegos campes- tres que tanto divertían á nuestros padres hace dos siglos.



Mugeres de Frisia.

Entretiéndose, por ejemplo, con una seria emulación, en el tiro del papagayo, que en España se llamaba tiro del gallo ó de la paloma. Es una verdadera fiesta este juego, en el que al vencedor, ó rey del papagayo, se le decoraba con él, como una insignia. Las famosas derrotas ó el incendio de las ciu-

dades, ó las matanzas de hombres á millares, producían menos contento al conquistador que la humilde victoria de su aldea al tirador, cuando era festejado y ensalzado por su familia. De este juego es el dibujo que presentamos. ¿Es su novia la que, con una especie de indolencia, apoya su mano